

Algo se arrastra bajo la ciudad

Sergio Navarro



Capítulo 1

La insalubridad

Ahora que tengo tiempo libre me dedico a la escritura de relatos, aunque también me aventuro de vez en cuando en el mundo de la retransmisión en vivo al que llaman " ser influencer". Lo hago para hablar de los relatos con mis seguidores. Llevo escritos ya más de doscientos. Todos ellos terminan de la misma manera, con un personaje que enloquece tratando de escapar de algo indescriptible.

A parte de mis seguidores en la red también he mostrado mis relatos a conocidos y compañeros. Dicen que nunca consiguen entender la peculiar forma que tengo para narrar mis historias porque siempre hablo en primera persona y que según ellos debería hablar en tercera persona, como si fuese una película. Tratar de centrarme poco en los detalles de los escenarios y dejar de escribir pomposos adjetivos, porque se les hace difícil la lectura.

Durante mis años como trabajador para el saneamiento de alcantarillas de la ciudad de Valencia había conocido ratas más agradecidas que algunos de los infraseros que tengo por compañeros y conocidos. Les das algo gratis, algo con lo que disfrutas y se lanzan a por ti como bestias primitivas ávidas de relatos de acción donde todo debe estar acompañado de sobresaltos y giros estúpidos en las tramas para hacer que se sientan enganchados a tu obra.

Lo cierto es, que todo esto lo hago por una simple razón. Lo de escribir relatos, me refiero. Ya no tengo la cabeza como antaño, siento que algo en mi ha cambiado. Mientras trabajaba como "limpiador de alcantarillas" sucedió una cosa que trastocó el tejido de la realidad en la que vivimos. Algo dentro de mi dejó de ser y el horror desde entonces vive ahora conmigo. Repta por mis pensamientos e inunda mis cientos de relatos.

Había leído muchas veces a Lovecraft y siempre pensaba en lo fascinante que sería poder acontecer alguno de los sucesos, pero siempre en la lejanía y con algo de seguridad, por si acaso. Sabía que todo aquello que contaba en sus relatos siempre tenía una base de realidad, algo había visto o vivido aquel misterioso hombre de Providence que le cambió su mundo para siempre.

Pues bien, lo que yo viví no se lo deseo ni a mi peor enemigo y muy a mi pesar de estar rodeado de infraseros y personas poco agradecidas tampoco se lo desearía a ellos. Durante este tiempo que llevo evadiéndome del horrible suceso, he descubierto que los límites la cordura

humana son tan endeble como una hoja seca que se desmenuza al tacto.

Capítulo 2

En las alcantarillas

Mi trabajo como "limpiador de alcantarillas" no solía ser muy entretenido, muy a pesar de lo que cualquiera pudiese imaginar sobre los trabajos en las entrañas de la ciudad. Siempre iba con mi compañero, Pedro, a todas las asignaciones diarias. No era un regla de oro ir con el mismo compañero, pero desde la empresa nos dijeron a los veteranos queuviésemos a los nuevos aspirantes a "limpiadores de alcantarillas" al menos un mes a nuestro cargo.

Pedro, era un joven de veinticinco años, había dejado sus estudios básicos de formación profesional y estaba buscando algún trabajo más agradecido que repartir comida rápida a domicilio. Era irónico, porque había pasado de suministrar mierda a la gente a limpiar lo que producían sus entrañas, básicamente. No solía hablar mucho, pero a veces me comentaba que siempre tenía problemas con la gente porque a su parecer eran ellos quienes iniciaban las discusiones y las peleas.

Los primeros días fueron bastante duros para Pedro. Recuerdo que apenas empezábamos un nuevo encargo ya tenía que tomarse sus quince minutos de cigarrillo por la mañana. Decía que era su desayuno favorito, a falta de alguna que otra cerveza. Cuando descendíamos a las alcantarillas apenas podía aguantar el horrible olor que desprendían las aguas residuales de la ciudad. Yo le calmaba diciendo que aquello era lo más agradable que podía respirar.

A pesar de eso, tenía que salirse otros quince minutos a la superficie para tomar aire fresco y luego volver. Me cansaba mucho esa actitud suya, así que al final decidí que en los posteriores encargos se quedase en la superficie dándome instrucciones con un *walkie-talkie*.

Yo tenía ya la experiencia de treinta años trabajando en las entrañas de Valencia y nunca me quejé en ningún momento de lo que sentía o veía en esos oscuros lugares. No quiero decir con ello que fuese una persona valiente o carente de sentimientos, como quiera verse. Si no que simplemente aquello me parecía algo natural, normal, incluso algo cálido. El estar trabajando tantos años en las alcantarillas cambia la percepción del entorno.

Los fétidos olores que reptaban por las mohosas paredes finalmente terminaban atenuándose con el paso del tiempo y al esas fétidas pestilencias se transformaban en una ligera fragancia embriagadora en la que se podían distinguir los matices de los distintos tipos de residuos

fecales.

Había días buenos y días no tan buenos, cuando llovía simplemente deseaba morir. Aquella exquisita fragancia fecal se convertía en una nauseabunda y limosa nube fétida que cubría parte de la superficie del agua. Uno de esos asquerosos días de lluvia nos tocó trabajar a destajo. Se había producido un encargo urgente de última hora y debíamos terminarlo cuanto antes, se hablaba de un gran embotellamiento de porquería en un nexo de los sistemas de alcantarillado.

Me encontraba con Pedro trabajando en la fatigante tarea de limpieza y doy gracias que se me ocurrió dejar al chaval en la superficie, porque sólo llevaba una mascarilla y aquello apestaba a rabiarse. De no haber sido así tendría que habérsela dejado a él y yo tendría que contener mis jugos gástricos para evitar que una fuente de desechos alimenticios y bilis surgiese por mi boca a modo de chorro fétido.

Llevaba conmigo una pequeña y ligera linterna que despedía una potente luminosidad a pesar haber pagado por ella nada menos que un euro en una tienda de productos chinos. Cuando descendí por la escalerilla para acceder al nauseabundo sistema de alcantarillado, una densa nube de humo limoso me atrapó introduciéndose en los microscópicos poros de la mascarilla y reptando a través de mi sistema respiratorio hasta llegar a los pulmones.

No dejaba de toser y los ojos empezaban a irritarse del fétido olor que desprendía el subsuelo de la ciudad de Valencia. La escalerilla estaba húmeda y algunas veces tocaba alguna que otra sustancia mucosa no identificada que hacía que perdiese el agarre. Por suerte, aquel descenso, no duró más que unos cuatro metros. Era algo habitual en mi trabajo descender esas distancias, pero ese día parecían una eternidad.

Cuando mis botas de caucho tocaron el suelo del sistema subterráneo se escuchó un sonido diferente, como si estuviera pisando un suelo terroso mojado. Lo normal era siempre escuchar el apacible sonido del chapoteo del agua fecal. La densa niebla de color limoso cubría todo el tramo del alcantarillado que podía tener fácilmente más de cinco kilómetros de longitud. Se me hacía difícil saber sobre qué cosa estaba pisando.

Aparté con mis manos un poco de esa densa niebla y alumbré con la pequeña y potente linterna. La luz empezó a titilar y terminó apagándose súbitamente, ya no me pareció tan buena idea aquella compra maravillosa del chino. Tuve algo de tiempo para discernir lo que parecía un gran manto mugroso de color marrón verdoso debajo de la niebla y hasta me pareció que se movía, pero lo dejé como una alucinación producida por el movimiento de la niebla limosa que se arremolinaba a mi alrededor.

Prontó descubrí la fuente de los problemas del nexo de alcantarillado en el que estaba trabajando. Aquel manto mugroso había formado un montículo en mitad del enrejado principal y estaba produciendo un cuello de botella enorme, pues el agua pasaba con suma dificultad. Llamé por el *walkie-talkie* a Pedro para que me echase una mano, yo sólo no podía con todo aquel viscoso monton de materia fecal o lo que fuese.

Tardó una eternidad en devolverme la llamada al *walkie-talkie*. Yo sólo pensaba en estrangular a ese descerebrado chaval, pero antes tendríamos que terminar la faena. Pedro bajó asqueado por la viscosa y húmeda escalerilla, pues para él la cosa fue mucho más complicada sin mascarilla. Tuvo que tragar mierda durante un buen rato, pero así por lo menos aprendería de qué va este trabajo y quizás fuese un poco más responsable.

Empezamos a retirar aquel mugriento montículo con la ayuda de unas palas. Como Pedro apenas podía mantener la mirada a causa de los fétidos gases que había condensados en la atmósfera subterránea me dediqué a repasar el lugar en búsqueda de alguna obstrucción adicional.

Tampoco fue muy difícil la inspección, porque las alcantarillas por suerte no eran muy anchas, apenas tres metros, pero con la niebla limosa aquella podía haber escondida alguna sorpresa más. Así fue, dicho y hecho. En una de las paredes había un montículo de esa mugre infernal que lo acaparaba todo, lo raro es que no me había fijado en ella al descender por las escaleras debido a esa maldita niebla limosa.

Pedro intentó convencerme para irnos a la superficie, pero yo, que era muy cabezón y minucioso con mi trabajo, quería limpiar todo lo posible para evitar males mayores en el entramado subterráneo. Así que, Pedro, cogió su pala a regañadientes y empezamos a quitar montones de mugre.

Algo duro sonó contra nuestras palas, palpamos a ciegas para saber qué era aquello y nos llevamos una sorpresa al ver que se trataban de grandes bloques de piedra. Seguimos quitando más y más mugre hasta descubrir un agujero enorme en la pared de la alcantarilla.

A medida que íbamos retirando el mugroso tapón de la pared un viento cálido soplaba a través del agujero. Finalmente el resto del mugroso montículo cedió ante nosotros convirtiéndose en una viscosa masa que parecía serpentear alrededor de nuestras botas. Lo que vimos a continuación ya superaba los límites de la realidad.

Capítulo 3

El pasadizo sinuoso

Ante nosotros se abrió un gran boquete en la pared, una extrañas luminarias que parecían como granos de pus emitían un tenue brillo azulado. Gracias a eso pude observar que en lo más profundo de ese agujero había un largo pasillo sinuoso que llevaba hasta algún sitio. Pedro insistía en que dejásemos aquel maldito lugar de una vez y volviésemos a casa. De nuevo seguí sin hacerle caso, tenía que investigar ese lugar para informar del incidente en la compañía.

Me adentré el primero en esta inesperada exploración, las paredes eran más estrechas de lo que aparentaban cuando las observe desde fuera, se hacía angustioso atravesar ese lugar. Además del fétido olor que allí reinaba, también estaba el calor que cada vez parecía hacerse más extremo. Detrás mía Pedro no dejaba de quejarse de los gases y amenazaba con dejarme aquí tirado y volverse a la superficie.

Al final, para calmarlo un poco, le cedí mi mascarilla. Pareció funcionar, al menos ya no me maldecía verbalmente. Seguimos caminando por aquel angustioso pasillo, palpando las paredes a nuestro alrededor. Al poner nuestras manos sobre aquellos granos luminosos se desprendía un luminoso líquido viscoso de su interior.

Conforme íbamos avanzando por aquel sinuoso pasillo que parecía no tener final, nos dimos cuenta que aquellos granos luminosos cada vez eran más numerosos y más grandes. Al torcer una nueva curva bastante pronunciada un gran resplandor azulado nos asaltó. Parecía que habíamos llegado al final del pasillo.

Una enorme cavidad se mostraba ante nuestras narices. Aquella cueva parecía tener el tamaño de un campo de fútbol. Estaba iluminada por grandes bultos azulados de los cuales se desprendía esa sustancia viscosa que habíamos visto al inicio del pasadizo.

A pesar de que la luz que emitían no era muy potente, podía distinguirse con algo de dificultad los contornos de la cueva. En el centro de la misma había una especie de montículo viscoso enorme. El misterio del origen de toda aquella inmundicia parecía estar resuelto.

Mientras yo estaba maravillado por aquel mundo subterráneo casi mágico, Pedro se dio cuenta de que algo iba mal. No dejaba de maldecirme y acordarse de mis muertos. Yo hacía de oídos sordos y seguía a lo mío. Me acerqué hasta el montón de mugre que ocupaba el centro de la cueva. Era

tan enorme como un edificio de diez pisos de alto.

La única diferencia con la mugre que habíamos quitado del enrejado es que esta parecía ser más líquida y a la azulada luz de los viscosos bultos parecía como si esta se moviese agrandándose y contrayéndose como si fuera un pulmón gigante. Decidí tocar la superficie de aquella cosa y al primer roce esta se contrajo.

A Pedro todo aquello le superó y decidió emprender una retirada a la superficie. Pero el mugriento destino le hizo resbalar en aquel preciso lugar. Aquello me pareció ya exasperante y eran demasiadas emociones para un solo día de trabajo, así que levanté al chaval del suelo mientras este se quejaba de su cadera.

Un ligero terremoto nos alteró e instintivamente llevamos nuestras miradas hacia el mugriento montón. Aquello empezó a descomponerse y convertirse en un verdadero tsunami de mugre. Apenas pudimos reaccionar ante aquel catastrófico acontecimiento.

Por suerte pudimos sobrevivir, aturridos y llenos de inmundicia intentamos recomponernos para emprender nuestro viaje de vuelta a la superficie. Alguien más en la cueva nos habló, no era un lenguaje que pudiéramos entender. Pensamos que podían haber sido vagabundos refugiados en las alcantarillas.

Gritábamos para ver si necesitaban ayuda y las voces nos devolvían el mismo sonido incomprensible. Lo curioso es que no podíamos distinguir a las personas que nos hablaban a pesar la luminosidad del entorno. Así que decidimos abandonar cualquier rescate e irnos a nuestras malditas casas.

Una voz más cercana a nosotros empezó a hablarnos, pero no veíamos a nadie y con un extraño acento, algo pudimos entender esas palabras: - estamos aquí abajo...- . Llevamos nuestras miradas al suelo y lo que vimos fue un horror indescriptible.

Bajo nuestros pies, una mugrosa masa marronacea con tintes verdosos empezó a elevarse hasta tomar una altura de dos metros. De aquella enfermiza masa informe surgió una abertura a modo de boca enorme, dentro de ella surgían todo tipo de huesos, material fecal y otras cosas indescriptibles. El edor que emanaba de ese repugnante ser era insoportable. Miles de ojos de todos los tamaños empezaron a formarse dentro de esa horrible boca y unos pequeños tentáculos se extendían por la parte inferior del ser arrastrándose hacia nosotros.

Bastó un milisegundo para tomar la decisión de salir corriendo, mientras en la cueva más y más de aquellos horrores empezaban a surgir del suelo. Pedro, que iba corriendo tras de mi no dejaba de empujarme por el sinuoso y angosto pasillo de vuelta. Hasta que llegó un momento en el

que dejé de notar sus golpes, giré velozmente la cabeza y vi que un viscoso tentáculo le agarraba por la cintura y otro por el cuello.

Tiré de Pedro hacia mi con todas mis fuerzas, pero aquellos tentáculos eran bastante más fuertes. Lo último que vi de Pedro fueron sus ojos llenos de un viscoso terror y un rostro amoratado hasta la asfixia. Cuando abandoné el sinuoso pasadizo aquellos tentáculos dejaron de perseguirme y ya solo quedaba el leve resplandor de los granos azulados de las paredes y un ominoso silencio.

Capítulo 4

En la superficie de la locura

En la empresa dije que sufrimos un terrible accidente y que Pedro se perdió por las alcantarillas. A pesar los esfuerzos de la empresa y sus familiares por tratar de encontrar el cuerpo yo sabía que no iba a ser posible. Jamás tuve el valor suficiente para explicar el horror que habitaba en las profundidades.

Quién iba a creermelo. Además tengo que estar viviendo con la angustia de la muerte de Pedro por mis decisiones, por si fuera poco. De vez en cuando, voy al cuarto de baño y vierto todos los venenos que tengo a mi alcance esperando que con suerte algún día desaparezca esta locura que me ha tocado vivir.

A pesar de haber pasado años con esta historia en mi cabeza aún no me he decidido contársela a nadie, ni lo haré hasta el día de mi muerte en que todo esto quede por escrito como un relato de terror más.